

Laura Lee Bahr

# FANTASMA

Traducción de Hugo Camacho



OrcinyPress

## Prólogo

Muerta quiere decir muerta. ¿Para qué buscarle tres pies al gato y darle tantas vueltas obsesionándose con una causa concreta cuando hay tantas entre las que elegir? Podría ser por ahogamiento o por pérdida de sangre. ¿Para qué insistir en la asfixia? Como si eso fuera la solución al enigma.

—Porque los que se cortan las venas no se asfixian, por eso —dice el detective. El forense asiente. El periodista parece confundido. Las heridas de las muñecas forman dos enormes cruces abiertas y han dejado un caos sanguinolento que parece la causa obvia de la muerte, lo que lleva a la conclusión lógica de que la joven se ha suicidado.

El ahogamiento también parece una causa probable, ya que su cadáver fue hallado en una bañera llena. ¿Pero no...?

La «causa real», de acuerdo con quienquiera que tenga la última palabra en cuanto a causas reales, es la asfixia. Eso haría que un periodista se inclinase a creer que ese cuerpo cortado, desnudo y sumergido en el agua podría tener unas cuantas historias que contar.

Pero por ahora, el cadáver solo cuenta una historia, y lo hace por boca del forense, cuya formación científica respalda su autoridad para afirmar, pese a que las demás pruebas sostienen lo contrario, que se trata de «asfixia».

¿Y cómo sabe la ciencia que hay alguna diferencia entre la asfixia, el ahogamiento y el desangrarse hasta la muerte?

Hay gente, señoras y señores, cuyo trabajo consiste en saber este tipo de cosas. Pero esta historia no habla de esa gente ni de su trabajo.

No, amigo.

Esta historia habla de ti.

Es una historia explicada de la misma manera que la mayoría de historias: «Primero pasa *esto* y luego *aquello*». Pero a diferencia de otras historias, esta está explicada como si pudieras ver qué habría pasado si, en lugar de haber hecho *tal cosa*, hubieras hecho *esa otra*.

Porque, lo sepas ya o no, cada acción acarrea una consecuencia, pero esta raramente suele ser la que cabría esperar.

Te voy a contar la historia *así*, siempre según lo que pasa *ahora* —«haces *esto* y pasa *aquello*» o «en vez de *eso*, haces *esto otro* y pasa tal cosa»— porque así es como yo lo veo aquí y ahora, en el lugar en el que me encuentro.

Este lugar es muy diferente del sitio en el que estás tú.

Aquí donde estoy ya no me hago ilusiones de que nada de lo que haga me vaya a llevar a ningún sitio.

Te puedo decir a las claras que ese cadáver era el mío.

Hay muchas cosas que antes consideraba mías y que ya no me pertenecen.

Tu apartamento, por ejemplo.

*¿Quién eres?*

## Tú

Seas quien seas, estás solo.

La tristeza se derrama, te empapa por completo y sientes que estás a punto de llorar. Parece que el eco de esa emoción se convierte en una canción que reverbera por toda la estancia. El momento mismo está cantando. Es una canción compuesta en una clave menor, lejana pero que se oye con claridad, tan bella que duele, que habla del amor perdido y de una eternidad de añoranza. Entonces recuerdas que, después de todo, no estás solo. Tienes un fantasma que te hace compañía..., pero aún estás durmiendo.

Sigue durmiendo.

Sueñas que estás en un lugar —tu casa, pero la ves diferente, no como es ahora. ¿Es así como era cuando ella vivía aquí?— bañado por una luz extraña que no para de cambiar: del blanco al azul y al sepia. Hay una mujer joven sentada en el sofá. Es muy hermosa pero extraña a la vez, y te produce un miedo que no sabes identificar. Quizá sea por la manera en que sus ojos también van cambiando de color o porque el humo de su cigarrillo no se mueve. Está quieto como si el aire fuera pegamento.

Te sonrío. Ahora la luz es blanca.

—Sí, lo sé —te dice, aunque tú no le hayas dicho nada.

Estás desesperado; tienes un mensaje para ella que es de suma importancia. Te estrujas el cerebro y de pronto lo dices:

—Estás muerta.

Ahora la luz de la habitación es azul.

De repente, el cigarrillo está entero y todavía no lo han encendido. Ella hace chasquear los dedos como si intentase hacer saltar una chispa que lo encienda.

—Nos hemos visto antes —dice—, aunque no estoy segura de que nos hayan presentado.

Ya has tenido suficiente. Ella está sentada en el sofá de tu salón (espera un momento: tú no tienes sofá) y empieza a desvanecerse por los pies, como el gato de Cheshire.

—¿Quién eres? —preguntas.

—Lo has soñado todo al revés —responde mientras solo sus ojos brillan y cambian para hacer juego con el sepia brumoso de la habitación—. Ahora ve por el otro lado.

Y desaparece.

Empieza a sonar un ruido largo, tan estruendoso que hasta te hace daño... es como un zumbido que se extiende y que al fin alcanzas a reconocer. Es el teléfono. Es un ruido alarmante que tira de ti y rompe a través de capas de consciencia. Ese sonido te está exigiendo una respuesta. Contestas, no muy seguro de quién eres, pero una voz te lo recuerda:

—¿Richard Jamison? —pregunta una voz que no reconoces. ¿Es ella? ¿Tu fantasma?

—¿Sí? —contestas. Ahora estás despierto. Es por la mañana y pareces estar en el mismo sitio que cuando te dormiste, solo que ahora hay más luz.

—Señor Jamison —continúa la voz—. ¿Saca usted el máximo provecho de su servicio de televisión por cable a cambio de lo que paga?

*No, no lo sacas.* De hecho, sabes que podrías sacarle más partido. Mantienes una larga conversación y al final acabas con muchos, muchos más canales de los que nunca tendrás tiempo para ver y proporcionándole una buena comisión a esa mujer robótica a quien le acabas de alegrar el día. Qué generoso eres.

*Sí, lo eres.* Siempre lo dices. Mientras cuelgas el teléfono, recuerdas que no crees en fantasmas y que tampoco estás interesado en ellos. La tristeza, la soledad, el sueño y el fantasma desaparecen en el momento en que te convences a ti mismo de tu propia existencia.

*¿Quién eres?*

Sí, claro que lo sabes. Eres Richard Jamison, «Rich, por favor», de los Jamison de Kansas City, en Misuri. Mírate en ese espejo. Sí, estás bastante bueno y no eres el único que lo dice. Ojos azules. Pelo rubio oscuro y largo que hace juego con tu vello púbico, del mismo rubio oscuro. Piel del color de la leche entera. Necesitas un bronceado, pero no hay manera de que consigas ponerte moreno. Tienes una nariz prominente y angulosa y una nuez tan grande que, junto a tu cabeza, te hace parecer un helado de dos bolas, una encima de la otra. Sube y baja de golpe cuando hablas, con ese tono fuerte que te otorga seriedad. Llevas ropa buena. Llevas calzoncillos buenos. Llevas una colonia que atrae a las tías porque huele a dinero. Estás cuerdo. Eres inteligente pero algo inmaduro. Tan solo tienes veintiséis años. También tienes salud.

Felicidades.

A tu polla la llamas «Número Uno». Nunca le has hecho sexo oral a ninguna de tus novias porque, para ser franco, lo encuentras asqueroso. Crees que eres un «verdadero macho». Y tienes toda la razón.

Te gusta la música popular. Tienes una buena radio. Piensas que todo te va bien.

Tu espiritualidad se limita a la música, en la que tienes un deseo insaciable de participar. Quieres ser una estrella del *rock*, pero no te acabas de ver viviendo entre tu propia mierda, así que te conformas con ser un tío de baladas. Cuando cantas, tienes una voz sorprendentemente ronca y *sexy* con la que impresionas a las chicas que te traes a casa. Les cantas temas de Hendrix, de los Beatles, de Pearl Jam y de Nirvana. Estás trabajando en tus

propias canciones —bueno, eso es doloroso— aquí en California, adonde te has mudado hace poco desde Kansas City para «triunfar».

«Triunfar» significa hacer concesiones, lo cual exige tener un trabajo medianamente soportable en el Departamento de Desarrollo de Negocios de Brighton Research. Ganas un nada desdeñable sueldo de cinco dígitos, y eso que apenas acabas de sacarte un máster con unas notas medianillas. De nuevo, felicidades.

Tu apartamento está en un barrio de Venice, en California, que está en pleno proceso de gentrificación. Sus características más destacables son las siguientes: un alquiler que te puedes permitir, techos altos, grandes ventanas, y que está a cinco minutos andando de la playa. Las peores son estas: los ocasionales *ra-ta-ta-ta* de los disparos que se oyen, una instalación eléctrica de mierda, los vecinos y que ese paseo de cinco minutos hasta la playa es en realidad un circo de los horrores. (Oh, y también que está encantado. Aunque no te das mucha cuenta de ese tipo de cosas cuando estás despierto.)

Esta es una mañana gris. Junto a tu ventana hay unos niños que hacen una cuenta atrás y acaban gritando: «¡Despegue!».

Te duchas y tomas el té; después, te sientas en la posición del loto y te preguntas qué podría hacer tu país por ti. Crees que si te conviertes en un músico rico y famoso alcanzarás la iluminación. O que, al menos, llegarás a estar medianamente iluminado, en cualquier caso. Rezas por ello aunque no crees en Dios. Eres lo suficientemente inteligente como para saber que necesitas una intervención divina o, al menos, cierta conexión con la divinidad para conseguir lo que quieres. Te levantas y vas a sentarte a la sala de estar con tu guitarra. No importa lo que tocas: es una mierda.

Un pequeño tornado de energía sobrenatural enciende y apaga la luz de tu habitación una y otra vez. Pero no te das cuenta, ya que estás en el salón.

Pero ya basta de hablar de ti. Hablemos de los problemas que tengo contigo.

No me gusta cómo tienes el apartamento. No tienes mascotas ni amigos, excepto un par de tipos aburridos que vienen de vez en cuando a ver *sitcoms* contigo y que son tan sosos que, por no hacer, ni siquiera derraman una gota de cerveza. No tienes sofá, así que seguramente sea ese el motivo por el que no tienes amigos. Bebes como una nenaza. Me dedico a tirar las cosas y a abrir los armarios cuando estás en el trabajo. Desearía poder fumar y dejar cigarrillos encendidos para que te los encontraras cuando llegaras a casa, pero es una tarea bastante difícil. Aunque estoy trabajando en ello.

Mientras te pones potingues en el pelo y piensas que el tío del espejo está cañón, te esfuerzas por no parecer un idiota, pero solo consigues parecerlo aún más. Bah. Te estás preparando para salir de casa.

Creo que deberías concentrarte en proporcionarle a la gente un sitio donde pueda sentarse. Hay un sofá justo en la puerta de tu apartamento. No necesitas saber de dónde ha salido; está ahí ahora mismo, en la calle. Es bonito: de un color azul celeste con hojas doradas, y el respaldo y los reposabrazos son de roble auténtico. No se ajusta mucho a tu carácter, pero, como ya he dicho, tendrás que cambiar tu carácter si quieres hacer amigos. Y un músico necesita todos los amigos, falsos o reales, a quienes pueda engatusar o sacarse de la manga. ¿Qué me dices?

*¿Lo dejas donde está?*

—O bien—

*¿Reconoces que un sofá atraerá nuevos amigos y lo recoges?*

## Simon Would

Tú *sacas* la basura, no la *metes*.

Dejas el sofá ahí sin ni siquiera echarle una segunda ojeada. Vas hacia el trabajo, donde...

¡OYE! Te has vuelto a quedar colgado mirando a la nada otra vez. La gente va a pensar que no pones el suficiente empeño en hacer lo mismo todos los días: sentarte en tu cubículo, entre paredes de rectángulos blancos y moqueta de color gris vómito, bajo luces fluorescentes que provocan migraña y que se van acercando centímetro a centímetro a tu coronilla. Trabajas dentro de una pequeña caja para animales. De repente te viene a la mente la imagen del hámster que llevaste a casa un día cuando eras pequeño, con esa naricilla que salía por los agujeros para respirar. Aquí no hay agujeros de ese tipo.

De pronto sientes que te falta el aliento y sales a la calle a coger aire. Hace calor fuera, y la mañana gris ha pasado a ser cegadoramente brillante. Das una vuelta a la manzana.

Hay un hombre en la acera. Fuma con unos gestos demasiado raros para una acción tan aparentemente sencilla. El tío tiene una pinta curiosa; es de un color extraño entre el marrón y el gris. Del pelo negro, que parece un casco apretado contra la cabeza, brotan algunos rizos sueltos. Tiene una pinta rara pero, de alguna manera, crees que te resultaría agradable si no pareciera estar tan enfermo.

Lleva una camisa a rayas rojas, los pantalones caídos parecen una bolsa colgada de una cuerda y sus deportivas están llenas de agujeros. Puede que sea un mendigo. Puede que te pida dinero. De hecho empieza a cojear —sí, cojear— hacia ti.

Cruzas la calle para adelantarlo, y aprietas el paso.

—¿Trabajas aquí? —llama detrás de ti, con una voz que suena con la desesperación ronca y profunda de un amante rechazado.

Apenas te giras un poco y compruebas que ya te ha alcanzado. Te acaba de bloquear el paso por la acera. Lleva el cigarrillo en la mano ahuecada, de manera que debería de estar quemándose; pero no: la tiene abierta, y el humo de la punta sale por el otro lado.

—¿Perdona? —preguntas.

—¿No trabajas en Brighton Research? —inquire sacando el cigarrillo de golpe de la palma de su mano para darle una calada y después devolverlo adonde estaba.

—Sí, pero no llevo mucho tiempo.

—Espera —dice—. Veinte años más y te regalarán el pisapapeles de peltre.

—¿Trabajas en Brighton?

—Por supuesto. Llevo como unos veinte días. Dentro de veinte años ya estaré muerto.

No sabes si reír o qué, así que te limitas a quedarte mirándolo. Saca la mano que tiene libre como si tratase de mantener el equilibrio para no caerse, pero aguanta en esa postura tanto rato que te das cuenta de que en realidad te la está ofreciendo.

Se la das. Su mano está fría y seca, al contrario que la tuya, que está caliente y húmeda. Aun así, el apretón es firme y no se resbala.

—Simon Would. ¿Cuánto te pagan por hacer qué?

Su nombre te suena. Lo conoces de antes. Te remontas tan atrás que empiezas a parpadear mientras esperas a que te

entre la información... El que te llegue o no, eso dependerá de lo rápido que abras la boca.

Esperas a que llegue.

*Flashback* al tercer curso cuando había un niño nuevo que era más oscuro que los demás y hablaba raro. Un día en que estabas resfriado te quedaste en la biblioteca durante la hora del recreo y él estaba allí, como solía hacer siempre, con pilas de volúmenes de enciclopedia abiertos que cerró cuando te le acercaste. Le preguntaste qué estaba leyendo y él te sonrió y te dijo que estaba «investigando». Le preguntaste qué quería decir aquello, pues no lo sabías, y él te respondió: «Encontrar todo lo que puedas sobre algo antes de que lo hagas».

Se podía decir que erais amigos, pasasteis algunos recreos juntos jugando a imaginaros cosas... y te castigaron, pero no acabas de recordar por qué. A final de curso se mudó. Sientes una rara incomodidad al recordarlo, como culpa o vergüenza, no sabes darle nombre, como si a él lo hubieran enviado lejos y tú hubieras sido cómplice. (¿De qué? No lo recuerdas. De todos modos era algo que no tenía sentido para ti, solo para él.) Oíste que se había mudado a una ciudad lejana y próspera.

A lo mejor es en esa ciudad próspera donde te lo has encontrado.

—¡Simon! —exclamas al tiempo que le das una palmada en el hombro como si fuerais viejos colegas de borrachera, aunque la última vez que lo viste todavía mojabas la cama—. ¡Soy yo! ¡Richard Jamison!

—¿Dick? —finge un reconocimiento absoluto.

—Rich. O Richard. —Asiente—. Parece que sigues con tus investigaciones, ¿eh? —dices, pensando en las enciclopedias—. ¿Te acuerdas? ¿De la biblioteca?

—Por supuesto —asiente—. Parece que al final saliste de Dubuque, ¿eh?

Nunca has estado en Dubuque.

—¿Has vivido en Dubuque? —le preguntas con educación.

—Era una metáfora, colega, una metáfora. —Te rodea los hombros con el brazo y tira el cigarrillo.

Ríes, sin estar muy seguro todavía de que se acuerde de ti. A lo mejor te has equivocado en algún momento y ahora notas como todo tu cuerpo late con algo eléctrico que hay en su abrazo.

—Bueno, ¿qué ha sido de tu vida? Sé que te mudaste, pero...

—Me mudé aquí. Eso fue lo que me pasó —responde Simon.

Asientes con afabilidad. Te sueles enorgullecer de ser siempre tan afable.

—¡Bien! —exclamas—. ¡La vida está llena de sorpresas! —También sueles decir estupideces como esta.

Te das la vuelta y te vas.

Él incurre en la descortesía de seguirte.

—Puedo enseñarte todo esto, ya sabes —continúa él—. Esta es mi ciudad. ¿Eres nuevo aquí?

—No —mientes.

—Vale, pues —contesta. Se para en seco mientras sigues andando.

—Oh, tan solo un pequeño consejo de buen rollo —dice detrás de ti mientras cambia a un tono de voz más musical—. No te asustes si la ves.

—¿Ver a quién? —preguntas.

—Al fantasma —responde.

—¿El *fantasma*? —repites, con el tono más ridículo posible.

—Sí, la verás en algún momento, si haces las cosas bien.

Te lo quedas mirando. ¿Tiene una sonrisa en la cara o es la mueca de alguien que va hasta las cejas de *crack*?

—No te asustes si la ves —repite con serenidad.

Y sale disparado en dirección opuesta corriendo de manera errática.

**LAURA LEE BAHR** es autora de relatos aparecidos en varias antologías, entre las que se incluyen *Explosions: Stories of Our Land Mined World* (editada por Scott Bradley, EJP), *In Heaven Everything is Fine* (editada por Cameron Pierce, Eraserhead Press), *Psychos* y *Demons*, ganadora del premio Bram Stoker a la mejor antología (editada por John Skipp, Black Dog & Leventhal Press). Como guionista ha ganado premios por las películas *Jesus Freak* y *The Little Death*. También ha sido premiada por su trabajo como actriz y siente una total devoción hacia el teatro de pequeño formato. Durante mucho tiempo fue miembro de la compañía Eclectic Company Theatre, con la que coescribió el libreto del musical *Gothmas*. *Fantasma* es su primera novela y con ella ganó el premio Wonderland 2011. Actualmente se encuentra trabajando en la posproducción de la película *Boned*, que ha escrito y dirigido. Vive en Los Ángeles con su pareja y con un gato anciano.

¡APOYA A UNA PEQUEÑA EDITORIAL INDEPENDIENTE!

Orciny Press es una *small press*, es decir, una pequeña editorial independiente que además autodistribuye sus libros. Queremos hacerte llegar grandes historias fuera de lo común y nos gustaría poder hacerlo durante un tiempo siendo fieles a nuestra filosofía. Por eso, si te gustan nuestros libros, pedimos tu apoyo para que nos ayudes a difundirlos. Además de comprarlos hay muchas cosas que puedes hacer y por las que te estaremos eternamente agradecidos. Estas son algunas:

Dile a tus amigos que te han gustado nuestros libros. El bocaoreja es la mejor arma.

Tuitea o comparte en Facebook que estás leyendo alguno de nuestros libros.

Escribe una reseña en tu blog, en Goodreads, en Lektu o en la plataforma donde los hayas comprado.

Pregunta por ellos en tu librería independiente favorita. Si contactan con nosotros, se los haremos llegar.

Anima a nuestros autores a seguir escribiendo y diles lo mucho que te ha gustado su obra.

¿Conoces a algún periodista cultural? Dile lo mucho que te ha gustado.

Apúntate a nuestra newsletter: a lo mejor sacamos más cosas que te interesan.

Todo esto hará que le sonemos a la gente y nos pueda tener en cuenta a la hora de elegir su próxima lectura. Muchas gracias por hacerlo posible.

[www.OrcinyPress.com](http://www.OrcinyPress.com)

Twitter: [@OrcinyPress](https://twitter.com/OrcinyPress) Facebook: [/OrcinyPress](https://www.facebook.com/OrcinyPress)

Instagram: [/OrcinyPress](https://www.instagram.com/OrcinyPress)